NO HAY FLORES

NO HAY FLORES

Francisco Javier Álvarez García

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2011 NO HAY FLORES
Francisco Javier Álvarez García
© 2011 Editorial: Vision Libros
C/ Magnolias 35 bis 28029 Madrid. España
Web: www.visionlibros.com Tel: 0034 91 3117696

ISBN: 978-84-9011-083-6
Depósito legal: S-9370-2011

Disponible en papel y ebook
www.visionlibros.com
www.terrabooks.com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a: subscripción@visionnet.es

CAPÍTULO I

La frustración de los planes de una vida

No era lo que inmediatamente iba a ocurrir lo que ella había deseado para su único hijo varón; y podía realizar con autoridad esa afirmación ya que desde el mismo momento en que nació el niño, las meditaciones detenidas acerca de los pasos que éste debía dar a lo largo de su vida era lo que más tiempo había ocupado sus pensamientos; al menos tanto como el dedicado a criticar a amigas, enemigas o simples conocidas. Ahora, sin embargo, todo había sido echado por la borda sin poderse explicar cómo; es decir: sin llegar a saber la auténtica motivación de lo acontecido, porque lo meramente sucedido lo tenía, por desgracia, obsesivamente claro.

Este acto, final por el momento, había comenzado hacía un mes cuando, durante la cena, su hijo Bernardito comunicó a la familia que había dejado embarazada a una de las doncellas; precisamente la más joven, vistosa y moderna en el servicio de la casa. Las reacciones que se sucedieron ante tal anuncio fueron muy distintas: el padre del muchacho, como si la cosa no fuera con él, comenzó a deglutir enormes cantidades de sopa de letras, con la cabeza,

literalmente, metida en el plato, y limitándose a hacer el siguiente comentario: "la hemos fastidiado"; su hermana, una verdadera víbora dos años mayor que el dicente y cuya única dedicación vital había sido la de mirarse continuamente el trasero en los espejos por "si se le caía", cosa que la obsesionaba, le espetó de inmediato: "¡imbécil, tarado, mamón¡"; la hermana pequeña, criatura que constituía un auténtico tratado de fealdad, empezó a dar vueltas incontroladas alrededor de la mesa mientras profería chirriantes gritos; el abuelo, por su parte, fue presa de extrañas convulsiones que le terminaron llevando al cuarto de baño, donde procedió a masturbarse excitado por la representación mental que se hizo del relato del nietecito; y la madre, ¡la madre¡, vio como todos sus sueños habían sido yugulados de raíz, y sólo tras unos momentos de desconcierto en los que las miradas de todos los comensales se habían fijado obsesivamente en ella, acertó a tañer la campanilla y ordenarle al mayordomo: "¡que venga esa pequeña zorra!".

La aludida se presentó al instante. Se trataba de, según la terminología empleada por la que podía llegar a ser su futura suegra, una vulpes dotada de un físico que ningún hombre dudaría a la hora de calificarlo como "retozón": caderas redondeadas, busto prominente, cintura señalada, muslos ligeramente gordezuelos pero que la edad mantenía todavía turgentes, cara esférica y ojos llenos de vicio y promesas fácilmente alcanzables. La madre, Virginia, no se anduvo por las ramas: le arrancó el delantal, le despojó en un santiamén de la falda, y a la vez que apretaba su vientre ya algo abultado le escupió: "¡bien que lo has planeado, grandísimo pendón¡"

Virginia se mantuvo al margen de todos los preparativos de la boda y como en una nube; sin comer, sin dormir, sin hablar. Incluso, para sorpresa de propios y extraños, no criticó a nadie durante aquellos días y ni siquiera acudió a su masajista o a las clases de "mantenimiento" en el gimnasio, a pesar de que todavía había algo que mantener en aquel cuerpo; y fue así como un funesto diez y siete de enero, San Antón, se encontró delante de la iglesia que iba a servir como túmulo funerario a tantas ilusiones forjadas a lo largo de su más que placentera vida.

El templo se hallaba en un barrio obrero de la capital de España. Se trataba de un edificio levantado sobre un suelo que había sido donado al obispado con tal objeto por el opus dei, quien a su vez lo había recibido de una viuda apopléjica mediante testamento ológrafo realizado in articulo mortis y gracias a las "recomendaciones del alma" que le hizo el cura de guardia, curiosamente afiliado a la divina obra.

El templo era tributario de tres defectos: en primer lugar, la escasez del suelo. En efecto, la donación de la "obra" se contraía exclusivamente a una estrechísima parcela sobrante del enorme solar "heredado" de la viuda, y sobre el que la católica asociación había levantado un bloque de apartamentos que, tras haber sido enajenado a favor de una inmobiliaria, sirvió a la postre como lugar para la realización de contactos físicos, especialmente entre los sacerdotes que pululaban por el barrio.

En segundo término, las arquitectas habían hecho lo de siempre: construir un edificio sin tener en cuenta la utilidad a la que iba a ser destinado; por eso, entre otras cosas, olvi-

daron el sagrario, que tuvo que ser improvisado en el cajetín de una persiana de difícil acceso y que se encontraba de espaldas al ara de los sacrificios. Tan peculiar ubicación del minúsculo almacén sagrado había provocado que dos titulares de la parroquia pasaran por el Hospital víctimas de diversas fracturas causadas por distintas caídas, y originadas por sus intentos de guardar sobrantes de la comunión en el mencionado habitáculo. Estos accidentes tenían seriamente preocupado al Ordinario del lugar, dada la actual crisis de vocaciones que ni siquiera podía ser ya atenuada mediante la importación de sacerdotes provenientes del tercer o cuarto mundo, y que tanto colorido y riqueza lingüística estaba aportando a nuestras ya veteranas iglesias.

En tercer lugar, en fin, el templo adolecía del defecto de ser excesivamente moderno y, a la vez, con pretensiones clasicistas. Ello se ponía de manifiesto por la existencia de unos urinarios en el interior del "templo", lo que tenía la ventaja de atraer a gran número de fieles ancianos con problemas de vejiga y la consiguiente incontinencia urinaria, así como a todos aquellos que padecieran colitis, ya fuera permanente o transitoria y con independencia de su edad. Esto, sin embargo, provocaba también una continua procesión interna y paralela a la celebración del sacrificio de la misa; desfile éste fácil de seguir, en el caso de los que padecían problemas de retención de la orina, por las gotitas que, a veces, a través de la pernera del pantalón caían en el suelo, e indicaban el camino que habían seguido los penitentes desde sus respectivos bancos hasta las letrinas del templo. A este inconveniente hubo que sumar, en los primeros meses tras la inauguración del local, el que los devotos incontinentes se perdieran parte del acto; problema este que, sin embargo, obtuvo rápidamente solución gracias a la imagi-

nación del primer residente del nuevo establecimiento, que se apresuró a introducir la megafonía en los servicios. De esta forma, y con independencia de la necesidad que estuviera solventando el usuario, se podía seguir perfectamente el desarrollo del santo sacrificio a todo lo largo del mismo.

Lo que no se logró evitar fue el ruido de la cisterna del retrete, que con su persistente y escandaloso sonido, audible en todo el templo como consecuencia del deficiente, o nulo, aislamiento utilizado en la construcción, contribuía bien poco a realzar la solemnidad y recogimiento de los actos que allí se perpetraban. Una vez más constructores y arquitectos contribuían a hacer inhóspita una instalación, en este caso divina.

Las reminiscencias clásicas fueron introducidas por las arquitectas Sara y Rosa, que así se llamaban las técnicas, mediante la incorporación de un "coro". Se trataba de un forjado cutre y bamboleante de hormigón sin revestir, tan sobredimensionado, dadas las pequeñas dimensiones del local, que casi llegaba hasta el nivel del mismísimo altar. Esta coincidencia había generado que los niños obligados por sus padres a asistir a los actos religiosos, al ser inevitablemente vencidos por el tedio que la ceremonia provocaba, subieran a ese pretendido "coro" para deglutir pipas cuyas cáscaras eran arrojadas en limpia competición sobre los utensilios que el celebrante utilizaba para sus ritos. Conducta ésta que había originado que el oficiante, en más de una ocasión y para escándalo de los feligreses, interrumpiera la ceremonia profiriendo todo tipo de palabras malsonantes, preñadas de amenazas y de referencias a las madres de los infantes. Hechos estos que, habitualmente, servían de alarma para los padres que, acto seguido, subían al re-

ferido coro donde se dedicaban a "calentar" adecuadamente a sus herederos mientras estos lloraban y gritaban, con lo que interrumpían nuevamente la ceremonia. Aunque, a cambio, la disciplina quedaba restablecida.

El segundo elemento "clásico" consistía en la incorporación de una vidriera sobre la puerta de acceso al "templo". La elección del motivo de la vidriera fue lo que más hizo trabajar al magín de las técnicas superiores. Finalmente, e imitando a algunos artistas consagrados con los cuales se comparaban, íntimamente y con ventaja, las arquitectas, optaron por integrar una Santa Rosa de Lima, con la cara de Rosa, en la dicha vidriera; el motivo de la elección era razonable: el cumpleaños de la arquitecta Rosa se celebraba el mismo día que finalizaba el plazo para proporcionar el "detalle" de la vidriera a "la contrata". Para ser fieles a la memoria de la Santa, la arquitecta Sara procedió a realizar sesudos estudios buscando una imagen de aquélla; al final la encontró en una lámina de un texto sagrado en donde se representaba a la Santa con la palma del martirio. La arquitecta Sara, sin embargo, decidió que sería más oportuno presentarla, en lugar de con la palma, con el fruto tropical que daba nombre a la Santa, y todo ello con el objeto de acercar la arquitectura al pueblo llano, preocupación esta que siempre lo ha sido de los arquitectos; por ello, precisamente, nunca han cuidado los aislamientos entre los pisos, para que así se oigan mejor los vecinos y confraternicen entre ellos, girando, por tanto, la comunicación por los vericuetos de la arquitectura bien entendida y mejor ejecutada.

Así, Sara, ateniéndose a los principios apenas esbozados, entregó al jefe de obra y aparejador, Fermín, el dibujo de la

vidriera con todos los detalles. Este operario, sin embargo, estimó que la representación de la Santa con una fruta sin pelar era -no se podía esperar, en su criterio, otra cosa de alguien que había estudiado en la Escuela Oficial de Arquitectura de Madrid- excesivamente conceptual. Por ello, y de acuerdo con las nuevas corrientes neo-realistas suficientemente conocidas por él, decidió sustituir la fruta por un tarro de zumo de lima que era la forma en que, sobre todo en combinados, era conocida por el gran público –y especialmente por el aparejador en sus estancias en todo tipo de clubes de mala nota. El problema consistió en que Fermín era, a decir verdad, muy poco trabajador, por lo que no se molestó, ni siquiera, en realizar un mísero boceto de la innovación con la que él contribuía a la magna obra, limitándose a entregar al artesano que debía ejecutar la vidriera el apunte realizado por la arquitecta, así como un bote de zumo de lima comprado en un supermercado con cargo al presupuesto de la obra, para que aquél procediera a la sustitución de la fruta.

Ejecutada así la obra resultó que en los meses de verano y si se celebraba alguna misa coincidiendo con el crepúsculo, los rayos del sol al incidir sobre la vidriera terminaban proyectando el dibujo del bote de zumo de lima, y especialmente los puntos coleccionables que incorporaba la etiqueta del mismo, sobre la hostia en el momento del alzamiento, lo que no dejaba de provocar comentarios en el público asistente acerca de la penetración de la publicidad en las esferas más íntimas de nuestra vida.

Delante de ese templo se encontraba Virginia un miércoles a las siete de la tarde, preguntándose todavía cómo habían podido suceder así las cosas. Como la pequeña zorra y

su familia e invitados, en número de doscientos, se retrasaban -ella sólo había cursado invitación a su círculo familiar más estrecho, compuesto por sus hijos, marido, padre y dos hermanas, a quienes se les pidió que se presentaran sin sus respectivos cónyuges-, tuvo la madre del verraco tiempo suficiente para repasar su vida con éste y los posibles errores que pudo cometer en su educación.

Desde el momento mismo de su nacimiento Bernardito había gozado de todo tipo de mimos y atenciones. Los mejores alimentos -incluido su amamantamiento a cargo de una reputada matrona asturiana, ya que su madre tuvo miedo de ver perjudicado su busto si lo entregaba durante varios meses a las manipulaciones succionadoras de un feroz mamoncillo-, los doctores más expertos -todos miembros del club de campo y que sólo utilizaban batas de Loewe-, niñeras extranjeras, colegios bilingües, amistades muy selectas, deportes de élite, carnet de una asociación "cultural" de extrema derecha, etc.; y ni siquiera tuvo que hacer el muchacho el servicio militar, ya que cuando fue llamado a filas se presentó su madre en el despacho de un alto e influyente jefe de su región militar a quien había conocido en su infancia, rogándole que eximiera a su hijo de semejante peso por cualquier causa, la que fuera siempre que mantuviera la dignidad del eximido; y aunque el fiero guerrero africano se resistió, de entrada, a las pretensiones maternas, las insinuaciones de Virginia y su parco y encantador vestido lograron que el héroe de Sidi Ifni y Medalla militar al mérito individual con distintivo rojo, terminara rindiendo armas, aunque de escaso calibre, ante la dama. El acto de rendición fue llevado a cabo en la misma mesa del despacho que estaba presidido por un cuadro que representaba la batalla de Castillejos.

Fue la única ocasión en la que Virginia le había sido infiel con actos a su marido, aunque por tan heroica causa que a partir de ese momento ella se comparó, justamente y con ventaja, con Agustina de Aragón y otras renombradas figuras femeninas nacionales con merecida doble fama.

Cuando el niño ingresó en la Universidad -naturalmente lo hizo en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de la capital del Reino-, Virginia ya comenzó a pensar en su futura novia y en las prendas que debían adornar a ésta.

Por supuesto debería ser de "muy buena familia", excelente presencia física e ignorancia enciclopédica. Como mucho estaba dispuesta a admitir que hubiese hecho el bachillerato e incluso que supiera francés. Pero del inglés, alemán u otras lenguas supuestamente necesarias ya se encargaría el niño; y de carrera universitaria ni hablar, todo lo más estaba dispuesta a admitir que la niña se hubiese diplomado en turismo o que hubiera realizado unos cursillos para azafata de tierra. Naturalmente que debería tratarse de una señorita no iniciada sexualmente, bien fuera por falta de deseo o buscando el interés de la inversión. Con buen gusto en el vestir, acostumbrada a gastar dinero pero no dilapidadora, que supiera llevar joyas habitualmente -en manos, cuello u orejas sólo oro, la plata mejor era dejarla para los días de camping-, bebedora moderada, fumadora con discreción, y conversadora amena.

En definitiva: lo mejor era buscar entre las pijas santanderinas, ya que a todas esas prendas podían añadir, sin problemas, el haber pasado por una escuela de buenas

maneras -donde se las enseñaba la forma de mostrar con discreción la ropa interior al sentarse, o cómo utilizar para señalar la cabeza en lugar del dedo índice-, no haber leído jamás un sólo libro, controlar siempre el dedo meñique a la hora de coger la taza de te y, por supuesto, tener perlas naturales convenientemente engastadas en las bragas. Prenda esta que, como es natural, nuestras ilustres compatriotas norteñas utilizaban siempre convenientemente protegida con un "salva slip" por si había que enseñarlas en alguna circunstancia, por lo que era indispensable encontrarse en todo momento en perfecto "estado de revista".

Por supuesto que antes de casarse el niño tendría que estar integrado en el mundo laboral con tareas de directivo; ella, Virginia, le había imaginado en numerosas ocasiones subido a un puente en construcción, tocado con un casco beige con una inscripción en el frontal en la que se pudiera leer: Ingeniero, y blandiendo con la mano izquierda unos planos enrollados. Portaría un traje de "entretiempo" de Yves Saint Laurent de cuyo bolsillo superior sobresaldrían varios lápices y rotuladores que ella, su madre, le habría comprado en un comercio de Gucci. Las gafas de montura metálica caladas, dos gotas de sudor perlarían su frente como consecuencia del sol naciente, y delante de él un grupo de técnicos de nivel medio atendiendo devotamente, y tomando cumplida nota, las instrucciones que impartiera "el ingeniero" para el correcto desarrollo de la obra; y ella dominando todo el paisaje desde una colina cercana adonde habría llegado a bordo de su descapotable rojo. ¡Que satisfacción¡ ¡Que hijo! y ¡Que madre!

Pero ya habían comenzado a llegar los integrantes de la familia de la novia. El padre era un tipo bajito y gordo con